



Imagen: David Picón



CIENCIAUANL

ARMANDO V. FLORES SALAZAR

ANDAMIAJES

El museo de arquitectura y escultura en la Gran Plaza de Monterrey

La palabra museo, del griego *museión*, da origen a la voz latina *museum*, y ésta a la voz española museo. El *museión* griego hacía referencia al templo –comúnmente integrado a una biblioteca– dedicado a las musas, de donde se deriva su nombre.

La mayoría de los templos del mundo griego antiguo contaba en su entrada con una cámara donde se mostraban las imágenes del personaje en veneración

–dios, semidiós, héroe–, y si éstas eran representaciones pictóricas sobre tablas, al recinto se le denominaba pinacoteca –depósito de cuadros–. Una de las más famosas fue la que flanqueaba al norte el monumental propileo –pórtico– de la Acrópolis ateniense.

Desde entonces se le llama museo a todo objeto arquitectónico en el que se resguardan colecciones de arte. Los museos más reconocidos como tales son los que coleccionan y exhiben objetos artísticos de los campos de la pintura, la escultura y la gráfica; sin

Nota del editor. A partir de este número damos la bienvenida a una nueva sección: "Andamiajes". Orientada al abordaje, desde el punto de vista historiográfico, cultural y biográfico, del entorno arquitectónico de Monterrey. Enhorabuena para el arquitecto Armando V. Flores, distinguido promotor de la cultura y el arte arquitectónico en nuestro estado.

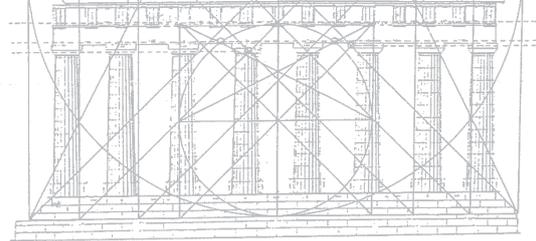
* Universidad Autónoma de Nuevo León, F.A.
Contacto: floresalazar@yahoo.com



embargo, la gama de sus variables es muy amplia, pues a toda colección exhibida se le puede llamar con propiedad así, lo que permite la existencia de museos de ciencias, de historia, del desierto, del automóvil, del vidrio y un gran etcétera.

Aparte de los museos formales, como el Museo de Arte Contemporáneo (Marco), clasificación aplicable a las instituciones que se dedican a promover la cultura museística, habremos de considerar como tales a aquellos otros edificios que adicionalmente cumplen de cierta manera con tal función, entre éstos los templos, como el de La Purísima, donde se exhibe permanentemente su colección de esculturas, pinturas, vitrales y murales; o los panteones, como el de Nuestra Señora del Carmen, que conjunta objetos arquitectónicos y escultóricos, principalmente, cualidad que les permiten ser considerados como tal.

Una nueva clasificación de museo se ha ido conformando recientemente por consecuencia del turis-



mo cultural: los museos de sitio. Este concepto surge y se fortalece ante la gran demanda de visitantes a sitios con patrimonio arqueológico, arquitectónico, escultórico, espeleológico, etc. Si bien se ha dado en llamar museo de sitio al edificio complementario en que se alojan los objetos protegidos de la intemperie y toda la implementación que ayuda a explicar el contexto cultural del lugar de interés, este criterio comienza a ampliarse con la inclusión del lugar mismo con todos los objetos que lo conforman, como el sitio arqueológico Boca de Potrerillos en el municipio de Mina, o el sitio espeleológico de las Grutas de García, en el municipio del mismo nombre.

La cultura museística se ha vuelto parte esencial y recurso ordinario de la cultura urbana, tanto por la difusión didáctica de los valores culturales a la ciudadanía, como por coadyuvar al prestigio de la ciudad misma, por las colecciones que puede atesorar, compartir y presumir.

Las autoridades gubernamentales de Nuevo León celebraron, en 1956, el 350 aniversario de la fundación de la ciudad de Monterrey, habilitando el deteriorado edificio colonial “Palacio de Nuestra Señora





de Guadalupe” para su reutilización como museo, ahora con el nombre de Museo Regional de Nuevo León “El Obispado”, bajo la custodia del Instituto Nacional de Antropología e Historia y de la asociación civil Amigos del Museo del Obispado.¹ Con anterioridad sólo se habían habilitado en la región los museos de ciencias naturales, en edificios escolares con definida función didáctica, como los que existieron dentro del Colegio Civil y la Escuela de Medicina.

A partir de la fundación del Museo “El Obispado”, el equipamiento urbano en ese rubro ha aumentado considerablemente, de tal manera que a nuestros días, tan sólo en el corazón histórico de la ciudad, se han construido para dicha función el Museo de Arte Contemporáneo (Marco), el Museo de Historia Mexicana (MHM) y el Museo del Noreste (Mune); asimismo, se han adaptado edificios históricos para dicha función, como el antiguo Palacio Municipal, para alojar el Museo Metropolitano de Monterrey (MMM), el Palacio de Gobierno para alojar al Museo de Nuevo León (MNL); el otrora Palacio Federal, como sede de las galerías del Conarte y la Casa del Campesino, para

alojar el Museo de Culturas Populares (MCP). A este generoso equipamiento se incorporan otros edificios con franca vocación museística: los templos de la Catedral, la capilla porciúncula² de los Dulces Nombres, el Templo del Sagrado Corazón, la Biblioteca Central “Fray Servando Teresa de Mier” y el porticado exterior del antiguo Palacio Municipal.

Con la habilitación, en 1985, de la controvertida Gran Plaza Monterrey o “Macroplaza”, como se le llama popularmente, para poner frente a frente los balcones de los dos palacios gubernamentales, el de la ciudad y el del estado, devino, sin haber propósito, intención ni previsión al respecto, en dos importantes museos de sitio: en su interior ajardinado un museo de esculturas y en su periferia un museo de arquitectura.

Una vez más, los esfuerzos y voluntades de algunos hombres son guiados intuitivamente por el atavismo cultural que confirma a la ciudad como tal, cuando se manifiesta grandilocuente la presencia asociada del binomio de arquitectura y escultura, arquetipo de prestigio cultural que opera desde tiempos re-



Imagen: David Picón

motos en ciudades trascendentes: Luxor, Nínive, Persépolis, Atenas, Alejandría, Roma, Florencia, Toledo, París, Madrid, México, Guanajuato, Zacatecas y ahora Monterrey.

La ciudad se prestigia culturalmente y adquiere relevancia civilizatoria con esa asociación hermanada de arquitectura y escultura.

El Museo de Esculturas se constituye con una colección de piezas de destacados productores. Si lo recorremos desde su pieza más austral, tenemos que mencionar el *Homenaje al sol* (1975), de Rufino Tamayo;

la *Paloma* (1991), en el atrio del Museo de Arte Contemporáneo, de Juan Soriano; el *General Zaragoza* (1962), en la plaza de Zaragoza, de Ignacio Asúnsolo; la *Puerta de la gloria* (1991), en el Sagrario de la Catedral, de Fidias Elizondo; el *Faro del comercio* (1984), frente al Casino de Monterrey, de Luis Barragán; el *Miguel Hidalgo* (1894), de autor desconocido, en la Plaza Hidalgo; el *Monumento al obrero* (1984), en la estación del Metro, de Cuauhtémoc Zamudio; en la Fuente de la Vida, el *Neptuno*, (1984), de Luis Sanguino, y la *Juventud*, (1984), de Daniel Ponzanelli. La *Maternidad* (1978,) en el Jardín Hundido, de Federico Cantú; el *Fray Servando Teresa de Mier* (1910), en el acceso de la Biblioteca Central, de Miguel Giacomino; el *Diego de Montemayor* (1981), en la Fuente Monterrey del Congreso del Estado, de Mario Fuentes; el *Caballo* (2008), en la Plaza Centenario y atrio del Museo del Noreste, de Fernando Botero; la *Lagartera* (2007), en la Plaza de los 400 Años, de Francisco Toledo; el *Lorenzo Garza* (1987), en la Plaza del Breve Espacio, de Raymundo Cobo; y en la Explanada de los Héroes el *Benito Juárez*, (1906), de autor desconocido, *Mariano Escobedo* y *José María Morelos* (1982), de Luis Sanguino, y *Miguel Hidalgo*, de Mario Fuentes, entre otras.

El Museo de Arquitectura conjunta piezas de los siglos XVIII-XXI, que lo hacen relevante en la ciudad.

Del siglo XVIII contamos con el edificio más emblemático de la ciudad: la Catedral, cuya reedificación se comenzó en 1705 y se prolongó durante todo el siglo y un poco más, pues es hasta 1833 en que es consagrada como tal por el sexto obispo fray José María de Jesús Belaunzarán. La imagen actual del edificio quedó determinada por los arreglos y ampliaciones a que fue sometida de 1886 a 1900, por la elevación del Obispado a la categoría de arzobispado. Su imafrente y el del Obispado instalan la modernidad del barroco en la entidad.



Imagen: David Picón

Del siglo XIX se localizan en este museo cuatro objetos importantes, dos edificios civiles: el Palacio Municipal y el Palacio de Gobierno del Estado, y dos religiosos: la Capilla de los Dulces Nombres y el templo del Sagrado Corazón de Jesús. La reedificación de la Casa del Ayuntamiento o Palacio Municipal se inició formalmente en 1845, aunque se proyectó desde 1818, y se consideró concluido en 1853, cuando Papias Anguiano, luego de darle personalidad neoclásica, terminó de esculpir el escudo de la ciudad que lo corona. El promotor de la obra para un nuevo Palacio del Gobierno Estatal fue el general Bernardo

Reyes, y se comenzó a construir en 1895, la obra en lenguaje neoclásico se ejecutó intermitentemente, quedó concluida y puesta en uso parcialmente desde 1901 y totalmente en 1908. La franciscana capilla de los Dulces Nombres de Jesús, María y José, ubicada en la esquina de las calles de Matamoros y doctor Coss, fue construida en 1853 como parte de la casa familiar, acatándose una cláusula testamentaria del difunto José Antonio de la Garza. La ecléctica iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, ubicada en la esquina de las calles 5 de Mayo y Zaragoza, comenzó su construcción por la promotoría de las Damas Católicas de Monterrey, en 1874, y fue concluida en 1909, según se registra en su fachada.

Del siglo XX son la mayor parte de sus obras, e inclusive cubren todas las tendencias que en este siglo se manifestaron. El siglo abre con dos espléndidos edificios de cantera: el neoclásico Banco Mercantil, de 1901, en la esquina de Morelos y Zaragoza, y el Gran Hotel Ancira, en lenguaje *Beaux Art*, de 1912, en la esquina de las calles Hidalgo y Escobedo. De los años veinte se pueden apreciar el neoclásico Casino Monterrey, de 1922, en la esquina de Zuazua y Abasolo, y el Palacio Federal o de Correos, de 1929, que instala el art decó en la ciudad, en la manzana que circundan las calles de Washington, Zuazua y Zaragoza. De los años treinta se nos ofrece a la vista, en lenguaje colonial californiano, el Círculo Mercantil Mutualista, de 1931, en la esquina de las calles Zaragoza y Ocampo; frente a la Plaza Hidalgo, el Hotel Colonial, remodelado en 1932, y el funcionalista Hotel Monterrey, de 1933, en la esquina de las calles Morelos y Zaragoza.



Imagen: David Picón

El lenguaje internacional se instala en la ciudad con el Condominio Acero, de 1959, en la calle de Zaragoza, entre Hidalgo y Ocampo. El Edificio Latino, de 1965, ubicado en las calles de Juan Ignacio Ramón y Escobedo, superó en mucho tiempo la verticalización con sus 27 pisos. El nuevo Palacio Municipal o Casa del Ayuntamiento cierra en el extremo sur el eje de los palacios, y entró en funciones en 1973. Con la habilitación de la Gran Plaza, surgen en la década de los años ochenta como parte de su equipamiento obras acentuadas en el formalismo, como el Teatro de la Ciudad, en 1984; el Edificio del Congreso del Estado, en 1984; el Edificio Infonavit, de 1985; la Biblioteca Central “Fray Servando Teresa de Mier”, en 1986, y el Edificio de la Editora El Sol, de 1989. Dicha inercia constructiva se continuó en la siguiente década con la inauguración del Edificio Kalos, de 1990, el conjunto de edificios que integran el Tribunal Superior de Justicia, en 1991, el Museo de Arte Contemporáneo (Marco), de 1991, y el Museo de Historia Mexicana, de 1994.

Del novel siglo XXI se incorporan al museo de arquitectura, desde 2007, el Museo del Noreste (Mune), de exploración formalista, vecino y complemento del Museo de Historia Mexicana, en el Paseo Santa Lucía y, como novel objeto de tendencia posmoderno, la Torre Meridiano, de 2011.

Estos dos museos en gestación permanente, generosos y democratizados, disponibles permanente y libremente, sin condición alguna para sus usuarios, son, sin lugar a dudas, el resultado de una especie de ley de compensación que ayuda a equilibrar las asimetrías involuntarias, generadas por el soberbio capricho del poder, ya que después de herido y vaciado el corazón de la ciudad, despojado de muchos de sus objetos documentales y patrimoniales, lleva de nuevo a los hombres al esfuerzo de reconstrucción para vitalizarlo con una nueva oportunidad que le reponga su valor de sitio histórico.

Referencias

1. La Sociedad de Amigos del Museo “El Obispado” fue fundada en 1953 por el licenciado Raúl Rangel Frías, y de 1955 a la fecha es copresidida por los ciudadanos Lic. José Calderón y Dr. Armando V. Flores Salazar.
2. En la cultura franciscana porciúncula hace referencia a lo pequeño, humilde y sencillo.

ADENDA

La Gran Plaza de Monterrey o "Macroplaza"^a

ARMANDO V. FLORES SALAZAR

De 1981 a 1984, el gobierno del Estado de Nuevo León en turno, encabezado por Alfonso Martínez Domínguez, llevó a cabo un ambicioso proyecto de "regeneración urbana" en el centro histórico de la ciudad capital. La idea que comenzó por prolongar la Plaza del 5 de Mayo, frente al Palacio de Gobierno, con la Plaza de Zaragoza frente al Palacio Municipal, para formar una sola, y que implicaba la demolición de los objetos arquitectónicos de cinco manzanas completas, se amplió a toda su periferia, y afectó con ello a 427 predios particulares en 40 hectáreas y, en consecuencia, la desaparición de sus objetos arquitectónicos documentales, al demolerse 300 mil metros cuadrados de construcción.

Se argumentó, por un lado, que el uso del suelo de dicha área era decadente y el valor arquitectónico era sumamente pobre, mientras que, por el otro, se ofreció dignificar con el proyecto el centro comercial e histórico, convertirlo en un imán turístico y detonar con ello la rehabilitación de toda la urbe.

El proyecto progresó a "gritos y sombrerazos" y salió adelante gracias a la mano férrea del gobernador y su aparato represor, a la inconsciencia histórica de los directores foráneos del proyecto y a la ambición económica desmedida de inversionistas y contratistas de todo tipo, encargados de la ejecución del proyecto.

Los objetos arquitectónicos que lograron sobrevivir al holocausto urbano tomaron otra dimensión por quedar a simple vista, con perspectivas de más amplio espectro, desde terrazas ajardinadas interiores, sólo vistas desde el vacío interior, como en un museo, justamente como se usa un museo, esta dimensión no prevista es la que a fin de cuentas le viene a dar su mejor utilidad: un museo de arquitectura donde no faltan esculturas, murales, pinturas y arte urbano.

El área urbana que integra la Gran Plaza es el po-

lígono que cierran las calles de Washington al norte, avenida Constitución al sur, Zuazua y Diego de Montemayor al oriente y Escobedo al poniente. De ella surge, como apéndice, el Paseo de Santa Lucía, que se extiende hasta el Parque Fundidora y se incorporan la calle peatonal Morelos y la Plaza Hidalgo. En su eje central se ubican, de norte a sur: el antiguo Palacio Federal (1929), con oficinas y galerías de Conarte, la Plaza de la República (1929), el Palacio de Gobierno (1895-1908), la Plaza de los Héroes (1890-1984), el Archivo General del Estado, el Jardín Hundido, la *Fuente de la Vida*, la Plaza Zaragoza (1612-1984) con el *Faro del comercio* (1984) de Barragán, el Palacio Municipal de Monterrey (1973) y remata con la es-



cultura *El sol*, de Tamayo (1975); en el flanco poniente y de norte a sur destacan el templo de El Sagrado Corazón (1874-1909), el Tribunal Superior de Justicia (1991), la Torre Administrativa y el edificio del Congreso del Estado (1984) con la *Fuente Monterrey*, el edificio de oficinas del Infonavit (1985), el Banco Mercantil (1901), el

Hotel Monterrey (1933), el antiguo Palacio Municipal (1818-1853), hoy Museo Metropolitano, el Condominio Acero (1959), el Círculo Mercantil Mutualista (1931) y el edificio Kalos (1990); en el flanco oriente y de norte a sur destacan la Biblioteca Central (1986), el Teatro de la Ciudad (1984), el Casino de Monterrey (1922), la Iglesia Catedral (1720-1984) y el Museo de Arte Contemporáneo Marco (1991).

En el tiempo transcurrido desde su inauguración, en 1984, hasta el presente 2012, muy pocos propósitos anunciados sobre los cambios que generaría el proyecto se han visto realizados, el proyecto autocontenido no se ha desbordado de sus límites originales en tanto áreas verdes, pavimentos, equipamiento urbano, peatonalidad y sitios públicos de reunión social y en cuanto a nuevas construcciones, sólo se han agregado al conjunto el edificio Kalos y el museo Marco en su extremo sur, junto a vías fluidas de comunicación vehicular y por el Paseo de Santa Lucía el Museo del Noreste y el edificio Torre Meridiano.

Disfrutémolos, entonces, como un gran museo de arquitectura y escultura.